

Reseña

Acciones Colectivas e Identidad del Movimiento Proletario Independiente

Título: Un movimiento obrero-popular independiente en México

Autor: José María Aranda Sánchez

Editorial: UAEM

No. de páginas: 153

Año: 2001

En momentos en que el neoliberalismo ha desatado una ofensiva frontal contra los trabajadores y los pobres del mundo, revalorar la experiencia de un movimiento popular independiente en México, surgido en el marco del impulso a las políticas neoliberales en el país, con particular énfasis en las privatizaciones, la desregulación por parte del Estado y la reducción de su intervención en la política social, a favor de las empresas transnacionales y el capitalismo internacional, representa la ocasión para reflexionar sobre el alcance de las acciones que buscan la organización de la clase trabajadora en México para mejorar sus condiciones de vida y de trabajo. Al mismo tiempo significan el valor y la importancia de la protesta popular, así como de las vías por las cuales la sociedad civil avanza y toma posiciones frente a la dominación clasista y los intereses del poder político, contrarios a los de la mayoría explotada y sometida, que busca e intenta acumular fuerza y unificación de voluntades.

El texto que trata del proceso seguido por el Movimiento Proletario Independiente, titulado *Un movimiento obrero-popular independiente en México*, aparece en momentos de euforia neoliberal y de repliegue de las acciones obreras, como el sujeto social que podría impulsar las movilizaciones de protesta; por lo que un reencuentro con determinados pasajes de la historia reciente permite traer a la reflexión proyectos y experiencias que ilustran otras tantas formas de protesta y de articulación de fuerzas hacia el cambio social.

El libro en cuestión se compone de cuatro capítulos, a través de los cuales el autor establece su discurso. El primero aborda las bases interpretativas del proceso seguido por el movimiento analizado, y en los tres siguientes se aboca a desarrollar una particular caracterización del Movimiento Proletario Independiente (M.P.I.), con base en una periodización de los dieciséis años que trata de comprender como el lapso de vida del movimiento; y la que le permite, a la vez identificar los principales momentos que definieron su participación.

En el tercero centra la atención en los factores de organización, identidad y demandas del movimiento incluyendo las estrategias seguidas y los principales rasgos de su estructura funcional. En el siguiente, presenta tres rasgos definitorios de la vida interna del M.P.I.: la continuidad y unidad alcanzadas, los procesos de interacción simbólica y las múltiples acciones cotidianas, cerrando el análisis con una reflexión en torno a los discursos contruidos y los principales acontecimientos combativos que, según el autor, ilustran su desempeño como organización popular contestataria.

Las conclusiones llegan para re-pensar el proceso y ver hacia delante, como un horizonte en que las alianzas obrero-populares y los propósitos organizativos a nivel de coordinaciones de agrupaciones son una vía para transitar hacia cambios sociales.

La obra referida ofrece dos lecturas complementarias: para el conocedor del tema aporta un estudio de caso en el que dedica suficiente atención para tratar una experiencia significativa de lucha, cuya reconstrucción teórica aporta una perspectiva analítica interesante y sugestiva, además que tiene el mérito de profundizar en un movimiento social. Esto hace posible orientar el estudio a los factores internos e ir más allá de la descripción; pero también es una opción para aquellos no enterados del tema como objeto de estudio, con un conjunto de información y reflexiones relativos a un movimiento claramente definido por su carácter de clase, expuestas en términos sencillos y accesibles para todo público. Busca hilvanar los conceptos científicos con los hechos registrados y pretende interesar al lector en la trama de los acontecimientos, pues no hace un relato rígido y cargado de estadísticas, sino una especie de narración de un conjunto secuenciado de situaciones, a través de las cuales uno puede seguir la pista, imaginar las acciones y comprender el sentido y alcance de las luchas emprendidas.

Así, para que el auditorio logre “ponerse en el lugar de los sujetos” que actúan en la obra, el autor logra el vínculo principal para transformar el objeto frío en una construcción simbólica que mueve a la reflexión y a la imaginación.

Abrimos el texto entrando en materia, en el capítulo uno, con los fundamentos teóricos y conceptuales para analizar el Movimiento Proletario Independiente. Este acercamiento, consistente en establecer en primer término el debate teórico actual acerca de los movimientos sociales, tiene la virtud de iniciar el recorrido en un camino que va desde lo complejo hacia la especialización del tema; exige del lector un primer esfuerzo de análisis, a cambio de plantear las vías y orientaciones de la discusión reciente, hace pensar en el ininterrumpido camino de autocorrección del conocimiento científico, a la luz de los nuevos paradigmas y observaciones comunicadas para su consideración colectiva.

En ese sentido, los argumentos a favor de un replanteamiento del concepto de movimiento social resulta primordial, en la medida que enfoca la polémica hacia los cuestionamientos basados en la necesidad de precisión de su definición, en tanto que no cualquier acción colectiva debe examinarse como movimiento social; ya que éste presenta determinados rasgos que los diferencian de aquéllas.

Pero su elucidación requiere un recorrido no exento de la controversia, sobre todo porque se trata de un campo interdisciplinario (el de los movimientos sociales) dentro del que conviven los enfoques de la sociología y la psicología social, principalmente. Eso implica trabajar con un objeto de estudio complejo que es necesario ir construyendo a través de la contrastación de las formulaciones teóricas y las expresiones empíricas de los movimientos sociales realmente existentes.

En esta lógica, el autor, apoyado sobre todo en el investigador español Laraña —sin duda, una de las figuras vigentes que más está aportando al debate— identifica tres características que permiten distinguir a los movimientos sociales de otras acciones colectivas; pero que a la vez son pertinentes para encuadrar el análisis del M.P.I.: en primer lugar, la *reflexividad* de los movimientos, como una peculiaridad en tanto que significa que éstos muestran y refieren problemas sociales, ya que su misma existencia es una forma de percibir y “construir” la realidad, en la medida en que pone en cuestión

la mirada aceptada de una realidad; lo que conlleva una nueva perspectiva y diversos marcos de significación. Asimismo, la reflexividad se complementa con el carácter simbólico de las expresiones de los movimientos sociales, toda vez que se ocupan de construir y difundir mensajes simbólicos, con determinados sentidos que difieren de los aceptados de modo conformista dentro de un sistema social, asumiendo así un rol de crítica de ciertos valores y la irradiación de significados opuestos. Éstos les dan un particular sentido a las acciones colectivas y una codificación que se descifra y permea socialmente a partir de las movilizaciones y comunicaciones que el movimiento genera.

Se trata de dos aspectos culturales de los movimientos, por lo que la reflexividad es fundamental en la creación de significaciones fundantes de sentido; mientras que la transmisión simbólica se inserta en la formación de la identidad de los integrantes del movimiento.

En ambos casos, son factores de vínculo social, y de constitución de las subjetividades, que permiten comprender las acciones colectivas, así como de los procesos psico-sociales por medio de los cuales se definen los rasgos característicos de los actores sociales. El tercer aspecto que considera el Dr. José Aranda se refiere al cambio social y la orientación que muestran los movimientos sociales en este sentido. Por ello, después de discurrir acerca de la idea de cambio social dominante en las primeras concepciones de los movimientos sociales, cuando se identificaba con la transformación revolucionaria y el trastocamiento del orden establecido, se apoya en algunos autores como Melucci, Touraine y Laraña, sobre todo, para argumentar a favor de una interpretación del cambio social como aquél proceso de alteración de la estructura social; pero sin que implique una destrucción del mismo, sino como conjunto de acciones que modifican el sistema, sin ser radicales y cuya importancia radica en que contribuyen al “apoderamiento” por parte de la sociedad civil.

Visto así el cambio social, muchas acciones colectivas que han logrado experiencias de participación y organización para hacerse cargo de importantes responsabilidades, funciones y tareas antes manejadas por el Estado, bien pueden ubicarse dentro de los movimientos sociales, siempre y cuando no se establezca que el cambio es un destino prefijado, sino un planteamiento que ha de buscarse en el desempeño de cada caso. Entonces, se propone un

cambio de esquema, pasando de un determinismo a priori a través del cual todo movimiento social debiera incorporar al cambio social como su meta, a uno relativista en que la intervención hacia procesos de cambio social se ha de demostrar en los hechos; lo que permite dimensionar adecuadamente sus alcances y ponderar las acciones no con base en un “tipo ideal”, sino sobre la base de las pretensiones, éxitos o fracasos efectivamente registrados.

Lugar especial tiene el debate en relación con la identidad y los procesos de cambio social, en la medida que ese “exterior constitutivo” se moldea y define en las acciones colectivas orientadas hacia los procesos de cambio social, cuya influencia en las subjetividades se expresa en la creación de los marcos de significación y resultante también de las interacciones simbólicas que tejen las redes y vínculos más allá de los observables empíricos.

La orientación hacia el cambio social, por consiguiente, supone más bien concebir a los movimientos sociales como sistemas de acción, productores de mensajes simbólicos y argumentos hacia el cambio, puesto que representan alternativas de actuación de los actores sociales, sobre todo teniendo presente que la reflexividad conlleva la necesidad de oposición, y las acciones colectivas son muestra de posibles vías para generar los cambios sociales requeridos. De ahí que tanto los referentes a las injusticias como justificantes de las protestas, como el simbolismo de las acciones, permiten la significación y resignificación de ciertos acontecimientos, mismos que se incorporan al esquema analítico dentro del que se construye la idea del cambio y las estrategias a seguir para lograrlo.

A partir de esta perspectiva, se desprenden algunos lineamientos que servirán al autor para echar los cimientos de los ejes de análisis a través de los cuales examinará al proceso del M.P.I., al reflexionar en las nuevas condiciones en que se manifiestan los movimientos actualmente, y en los enfoques teóricos y metodológicos para su estudio.

El capítulo dos descubre los orígenes, objetivos y proyecto del M.P.I.; a la vez que propone una división de su proceso en cuatro etapas: a) 1980-1982: concepción de la organización; b) 1983-1988: constitución, desarrollo y consolidación; c) 1989-1995: recomposición de fuerzas, expresión de un nuevo MUP y represión y d) 1996-1998: lucha por la sobrevivencia y replanteamiento del

movimiento. Los criterios para esa periodización tienen que ver con las principales decisiones y acciones, y con los factores estructurales (exógenos) que configuraron el entorno social y político de su constitución y actuación. Con esa síntesis cualitativa del proceso conformado, el autor proporciona una visión de conjunto por medio de la cual el lector estará en posibilidad de analizar no sólo la trayectoria, sino las fuentes de las que se nutrió la organización, la convergencia de fuerzas y propósitos, además que se adelanta el perfil popular con aires radicales; aunque dentro de la legalidad y una ideología de izquierda que encontraba asiento en un importante núcleo obrero, que avanzaba a grandes pasos en el camino de la insurgencia sindical y la independencia orgánica.

Complementariamente, y como un paso metódico en el análisis del M.P.I., se definen y caracterizan los ejes de análisis a partir de los cuales se llevará a cabo la reconstrucción del proceso seguido por el movimiento, contruidos con base en las reflexiones teóricas y de un primer acercamiento a los hechos a investigar, quedando el dispositivo con las siguientes categorías: organización y estructura; identidad y marcos de significación, demandas y estrategias, continuidad y unidad, interacción (redes) y procesos de micromovilización, discursos y episodios conflictivos. Se trata de las líneas generales de interpretación de los contenidos que se analizarán del M.P.I., con la función de establecer el soporte conceptual de cada uno, señalando además su importancia y la perspectiva desde la cual se leerá en el caso de estudio.

Como vías de reflexión que permitirán re-enfocar el recorrido del movimiento, se pretende que den acceso al análisis interno; de tal forma que pueda evaluarse su coherencia y trascendencia, al enfatizar aquellos procesos de construcción de marcos de significación, identidades, interacciones simbólicas, discurso y conflictos más importantes; sin dejar de considerar las demandas y formas de lucha para alcanzarlas, la permanencia y unidad del movimiento, como criterios definitorios de su estatus, marcando así los caminos por los que el lector habrá de seguir la ruta, no determinada pero si descubierta, y donde la alianza obrero popular resultó la piedra angular.

El capítulo tres se encamina directamente al análisis de la organización, identidad y demandas del M.P.I. En realidad, se busca conocer la estructura organizativa con una aproximación psico-social en la medida que se consideran los papeles, normas y valores que

constituyen la integración del colectivo, con la novedad de situar sus componentes principales. Así, repasa la importancia de la disciplina, la división del trabajo y la racionalización de las capacidades; puesto que se trata de principios y comportamientos compartidos con un señalamiento especial a la función de coordinación que se gestó en el movimiento, el proceso de toma de decisiones y el empleo adecuado de los recursos con los que se disponía y de los que se fueron haciendo, resaltando a la vez la relevancia del liderazgo y la representatividad en la dialéctica grupal interna, así como en sus interacciones con el exterior.

En cuanto a la *identidad*, es ampliamente analizada por el autor al delimitar que se trata de la identidad colectiva y su lugar en la definición de los movimientos sociales, por lo que presenta un conjunto de referencias y argumentaciones que permiten comprender el por qué es uno de los componentes básicos de aquellos, al ubicar su conceptualización para el caso de estudio, es decir, al perfilar la identidad colectiva de los integrantes del M.P.I. en tanto trabajadores y proletariado en general, como una auto-afirmación y autocomprensión que se construye y manifiesta en las acciones colectivas. Asimismo, se ilustra el nexo primordial entre la identidad colectiva y los procesos de interacción simbólica, ya que éstos, además de contribuir de manera importante en la determinación de la diferencia que surge con la construcción de la identidad, abona a la elaboración de los marcos de significación centrales, en la conformación de la estructura cognitiva y conductual de los sistemas de acción. Asimismo, identidad e interacción simbólica dan cuenta de la dialéctica entre la subjetividad y el mundo exterior que se plasma en los procesos grupales e individuales y da pauta para la construcción de las acciones colectivas.

El tercer tema; Demandas y estrategias, es analizando con un enfoque puntual, distinguiendo los reclamos a los diversos agentes con quienes el movimiento tenía que gestionar y aún enfrentarse, por lo que las estrategias aparecen como medios de lucha exigidos por el nivel de las demandas, las condiciones particulares en que se manejaban, las respuestas oficiales y las perspectivas de los integrantes del movimiento, que se veían movidos y alertas a las diferentes contingencias de los acontecimientos.

Lo interesante, desde el punto de vista del lector, es que se expone una trama interesante en que la lógica y la habilidad alcanzada son los

argumentos que dan motivo a los actores en cuestión, mostrando cómo se fueron haciendo los caminos al paso de las acciones correspondientes.

El capítulo cuatro emprende la lectura de tres grandes aspectos vitales en el movimiento: su continuidad y unidad, los procesos de interacción simbólica y micromovilización, y el discurso construido en relación con los momentos conflictivos más importantes. En cuanto a su permanencia, argumenta José Aran da que ésta se logró debido a la cohesión interna, a su decisión de lucha y a sus convicciones políticas y sociales, considerando que puede diferenciarse relativamente en los siguientes caracteres: continuidad por acumulación de fuerzas y expansión de su influencia vinculada con su periodo de consolidación; continuidad para fortalecer la organización y resistir, asociada con el periodo crucial de recomposición, expresión de un nuevo MUP y represión; y continuidad como incertidumbre, signada por el lapso de crisis y sobrevivencia.

Por su parte, la unidad del movimiento, fundada en el asociativismo, como nivel elevado de vínculos de solidaridad que se logran en relaciones de camaradería, también les otorga una cualidad, con base en la función cumplida en el proceso del Movimiento Proletario Independiente: unidad como condición y principio; unidad para avanzar y resistir, y unidad como recurso final y horizonte ante el peligro de desarticulación.

En cuanto a la interacción simbólica y el conjunto de acciones colectivas denominadas como micromovilizaciones, el investigador retoma y desarrolla el argumento de que se trata de dos procesos estrechamente vinculados, donde el primero es la base para la creación de los marcos de significación, por medio de los que se otorga sentido a las acciones, y el segundo da cuenta de una compleja dinámica interna que produce las redes formales e informales a partir de las cuales se refuerzan los lazos y se consolidan las comunicaciones.

Finalmente, y tal vez con menos profundidad, se ensaya un acercamiento al discurso construido por el M.P.I., con sus matices y destinatarios, mismo que se busca relacionar directamente con determinadas acciones de carácter conflictivo, con lo que se establece un enlace importante entre las palabras y los hechos, mostrando la consecuencia de los planteamientos, y dejando ver que las situaciones límite no hacían más que confirmar y aclarar la posición del

*Acciones Colectivas e Identidad del
Movimiento Proletario Independiente*

movimiento ante el Estado y los gobiernos con los que se enfrentó,
llevando la voz hasta el choque frontal tal orquestado por el poder.

Jaime Rodolfo Gutiérrez Becerril
Facultad de Ciencias de la Conducta, UAEM

jaimergb@hotmail.com